



Silencio urbano

LaGaSC.

Tus fantasmas,
 voces que recorren
 este silencio urbano
 herejes ante las plegarias
 frente a la soledad burda.
 Los espacios oscuros se entrelazan
 me arrancan los sueños,
 la ropa
 y desnudos los ojos...
 desnudo las manos,
 en este silencio urbano
 que no acaba, que se arrastra
 como un conjuro incubo
 ante el espejo roto
 que se envilece en cada rincón
 élfico de tus fantasmas.
 De tus fantasmas
 que son mis fantasmas
 del eco,
 que se agita detrás de mí
 antillando los vástagos... del silencio urbano
 del espejo roto.
 Su letargo, ilusión que muere,
 que renace, que vibra
 desnuda como la soledad prieta
 que son los espacios oscuros
 como albaceas del tiempo entrecortado
 por los papeles y las frases
 y tus fantasmas
 El ruido renuente
 que acompaña mis plegarias
 crece, allende malva en el silencio urbano.
 Este silencio que es el silencio de mi silencio
 estas plegarias que son los espacios oscuros
 estos ecos que son tus fantasmas,
 son las hojas amarillentas, dóciles y secas
 que desgarran al tiempo,
 y del lenzo que ha asumido
 su dolor más profundo
 como el presente más cercano
 desde sus dedos a sus labios.
 Y esas hojas son mis pies inquietos
 son una efigie de tus fantasmas
 de acompasadas voces,
 de apresurados miedos-rotos
 de una inerte soledad que me acompaña
 que te acompaña y no te deja
 con una sedaña perversión de centza
 que desangra en la desesperación
 del silencio urbano
 las ansias vacías del ayer...
 Sonámbulos, leva de mis plegarias herejes
 que torturan los ecos que giran detrás de mí
 quieto con las rodillas en el pecho
 con las desnudas manos
 donde cada fantasma es un abismo
 un abismo en este silencio urbano.

Álvaro González-Aramayo Santa Cruz. Oruro, 1979

Ideas fijas

(fragmento)



Hortensia Moreno

Soy un escritor. La sola mención de la palabra implica, incluso para mí, una posición descabellada. Me atrevo a decirlo a pesar de que conozco esa implicación; sé lo ridícula que suena semejante declaración en estos tiempos, sobre todo cuando la pronuncia alguien como yo, que no pertenece a la casta de los elegidos. No tengo ningún derecho de autodenominarme artista. El arte es tan sagrado e inaccesible para el común de los mortales que sólo es propio de quienes se conocen herederos de la tradición. Nosotros, los diletantes, estamos autorizados a asomarnos al arte con curiosidad y admiración, a condición de que siempre lo miremos desde fuera, sin tratar de entenderlo y mucho menos de hacerlo. Soy un artista. Lo digo con arrogancia en un tiempo en que la arrogancia está completamente fuera de lugar. En un tiempo en que el arte se ha convertido en uno de los fetiches preferidos, y su factura un misterio no siempre a salvo de cierta aura patética. Al buscar lo sublime, corro el riesgo de que se rían de mí. Corro el riesgo también de que me miren con desprecio. De que mi arrogancia provoque indignación y sea considerada, a su vez, una manera de despreciar a quienes escuchan esta palabra con escepticismo y desconfianza. ¿Qué más da? Mi condición de sujeto marginal no habrá de modificarse si oculto el hecho; y aunque el desprecio y el ridículo son ingredientes que vuelven mi marginalidad un asunto todavía más desagradable, dudo de que una profesión más anodina me hubiese abierto las puertas de los mundos sociales en que la palabra artista suena tan inconcebible cuando yo la pronuncio.

Soy un escritor por elección y destino. Así lo deseé secretamente desde el día en que descubrí la palabra escrita hasta el momento en que por fin me atreví a confesármelo. Ahora parece que no hubiera podido ser de otra manera y, sin embargo, este destino en mis manos es tan frágil que sólo la confabulación de muchos elementos del azar me permitió mi ingreso en la secta de impostores que me inició en el arte. Porque yo pertenezco sin dignidad al universo de las profesiones anodinas y me gano el pan con vergüenza, pues lo que hago para ganármelo no me gusta. Ese movimiento entre mi realidad y mi deseo siempre ha dibujado la línea que marca mis límites. Es muy probable que en otras circunstancias me hubiera conformado con soñar ser un artista.

El mundo hubiera contenido mi atrevimiento con gran eficacia: soy apocado y me aterrera el desprecio y el ridículo. Por no hablar de mi mansedumbre, de mi humildad. ¿De dónde he sacado yo valor para sentirme un escritor?

¿De dónde he sacado esta arrogancia que me permite decirlo para que los otros escuchen esta frase con la misma ironía con que escucharían a un enano llamarse gigante?

Soy un artista descubriendo el mundo. Incapaz de tolerarlo en su miserable aspecto real, me empeño en la construcción de mundos paralelos. Horribles o hermosos, probables o imposibles, atractivos o repulsivos, pero distintos, libres de las determinaciones que rigen nuestro hacer, nuestro sentir, nuestro ser. Me empeño en mostrar mis mundos monstruosos aunque no sea más que para recordar que la imaginación aún existe y hay diferencias en el centro de toda esta homogeneidad aplastante.

Soy un escritor, en fin, para mi propio asombro. Enfrentado al hecho inquietante de la presencia del arte en mi vida, deslumbrado ante su potencia arrasadora. Sé que mi asunción de su existencia ha cambiado por completo mi vida y me ha vuelto otro también a mí; uno distinto del que era antes, del muchacho tímido cuyas más atrevidas ambiciones se resumían en el adocenado afán de reconocimiento y riqueza que rige el mundo de las profesiones anodinas.

Soy un escritor y me sé enfermo de tristeza, soledad y desesperanza.

Hortensia Moreno. (1953). Narradora mexicana. Ha publicado novelas y relatos. Participó del II Encuentro Latinoamericano de Escritoras, Organizado por el Espacio Patiño CEDOAL, La Paz - Bolivia, 2003